

Introducción a la semana

Las lecturas de esta semana no tienen en el conjunto semanal una secuencia de enseñanza tan clara como la de las dos semanas anteriores. Pero sí se manifiesta una coherencia entre las primeras lecturas y el texto evangélico de cada día. Nos encontramos el lunes con la amplitud de la salvación más allá de las fronteras de Israel. El martes se vuelve a la tesis tan cuaresmal el perdón de Dios condicionado al que nosotros ofrecemos al hermano. Dos días insistirá el texto evangélico en la necesidad de cumplir la ley judía del Sinaí. El sábado nos encontramos de nuevo con una de las parábolas de Lucas, la parábola de la oración del fariseo y del publicano. Con ella Jesús nos muestra, como en la del Hijo pródigo, a "su" Dios, el de los humildes, no el de los autosuficientes que juzgan y condenan a los demás. En medio de la semana nos encontramos con la fiesta de San José. El hombre sencillo, que no juzga a María, que asume calladamente las decisiones de Dios, que se encargó del proceso educativo de Jesús...Del santo al que tantas instituciones de la Iglesia, la Iglesia misma, acuden. Al que hemos de imitar también en ir descubriendo a Jesús, dejándonos sorprender por su Palabra; y ofreciendo amor, acogida desde la, a veces, oscuridad de nuestra fe.

Lun
16
Mar
2009

Evangelio del día

[Tercera Semana de Cuaresma](#)

"Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra"

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes 5, 1-15a

En aquellos días, Naamán, jefe del ejército del rey de Siria, era hombre notable y muy estimado por su señor, pues por su medio el Señor había concedido la victoria a Siria.

Pero, siendo un gran militar, era leproso.

Unas bandas de arameos habían hecho una incursión trayendo de la tierra de Israel a una muchacha, que pasó al servicio de la mujer de Naamán. Dijo ella a su señora:

«Ah, si mi señor pudiera presentarse ante el profeta que hay en Samaría. Él lo curaría de su lepra».

Fue (Naamán) y se lo comunicó a su señor diciendo:

«Esto y esto ha dicho la muchacha de la tierra de Israel».

Y el rey de Siria contestó:

«Vete, que yo enviaré una carta al rey de Israel».

Entonces tomó en su mano diez talentos de plata, seis mil siclos de oro, diez vestidos nuevos y una carta al rey de Israel que decía:

«Al llegarte esta carta, sabrás que te envío a mi siervo Naamán para que lo cures de su lepra».

Cuando el rey de Israel leyó la carta, rasgó sus vestiduras, diciendo:

«¿Soy yo Dios para repartir vida y muerte? Pues me encarga nada menos que curar a un hombre de su lepra. Daos cuenta y veréis que está buscando querella contra mí».

Eliseo, el hombre de Dios, oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras y mandó a que le dijeran:

«Por qué has rasgado tus vestiduras? Que venga a mí y sabrá que hay un profeta en Israel».

Llegó Naamán con sus carros y caballos y se detuvo a la entrada de la casa de Eliseo. Envío este un mensajero a decirle:

«Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne renacerá y quedarás limpio».

Naamán se puso furioso y se marchó diciendo:

«Yo me había dicho: "Saldrá seguramente a mi encuentro, se detendrá, invocará el nombre de su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanará de la lepra". El Abaná y el Farfar, los ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Podría bañarme en ellos y quedar limpio».

Dándose la vuelta, se marchó furioso. Sus servidores se le acercaron para decirle:

«Padre mío, si el profeta te hubiese mandado una cosa difícil, ¿no lo habrías hecho? ¡Cuánto más si te ha dicho: "Lávate y quedarás limpio"!».

Bajó, pues, y se bañó en el Jordán siete veces, conforme a la palabra del hombre de Dios. Y su carne volvió a ser como la de un niño pequeño: quedó limpio.

Naamán y toda su comitiva regresaron al lugar donde se encontraba el hombre de Dios. Al llegar, se detuvo ante él exclamando:

«Ahora conozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel».

Salmo de hoy

Salmo 41, 2. 3; 42, 3. 4 R/. Mi alma tiene sed del Dios vivo: ¿cuándo veré el rostro de Dios?"

Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío. R/.

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? R/.

Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo,
hasta tu morada. R/.

Me acercaré al altar de Dios,
al Dios de mi alegría;
y te daré gracias al son de la cítara,
Dios, Dios mío. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 4, 24-30

Habiendo llegado Jesús a Nazaret, le dijo al pueblo en la sinagoga:

«En verdad os digo que ningún profeta es aceptado en su pueblo. Puedo aseguraros que en Israel había muchas viudas en los días de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambruna en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías sino a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado sino Naáman, el sirio».

Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que estaba edificado su pueblo, con intención de despeñarlo.

Pero Jesús se abrió paso entre ellos y seguía su camino.

Reflexión del Evangelio de hoy

Es triste que seamos incapaces de descubrir al profeta que existe entre nosotros, precisamente porque está entre nosotros, le vemos continuamente, como uno más de nuestro pueblo o ciudad o comunidad. Hemos asfixiado la capacidad de descubrir lo que Dios nos dice a través del que convive con nosotros, precisamente porque está siempre cerca de nosotros. Parece que Dios no puede hablar si no es al estilo del Sinaí, entre truenos y vientos, en lo espectacular y extraordinario. Lo peculiar de Jesús no son sus milagros, sino su convivencia sencilla con la gente del pueblo y su modo también sencillo de proclamar el Reino de Dios. Los milagros, como él dice, son signos de ese Reino. A la vez que nos cuesta descubrir al profeta en lo sencillo y cotidiano, tendemos a ser los únicos depositarios de la acción de Dios, porque somos los creyentes, los practicantes, los cristianos "de siempre". No entendemos que Dios y su acción de Padre, dispensador de bienes, se manifieste en otros que no pueden presentar nuestro pedigree religioso. Nuestra conversión cuaresmal ha de manifestarse también en descubrir a Dios en lo sencillo, en lo cotidiano en aquellos con los que vivimos, y también en los de "lejos".



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar
17
Mar
2009

Evangelio del día

Tercera Semana de Cuaresma

"Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?"

Primera lectura

Lectura de la profecía de Daniel 3, 25. 34-43

En aquellos días, Azarías, puesto en pie, oró de esta forma; alzó la voz en medio del fuego y dijo:

«Por el honor de tu nombre,
no nos desampares para siempre,
no rompas tu alianza,
no apartes de nosotros tu misericordia.

Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo;
por Israel, tu consagrado;
a quienes prometiste multiplicar su descendencia
como las estrellas del cielo,
como la arena de las playas marinas.

Pero ahora, Señor, somos el más pequeño
de todos los pueblos;
hoy estamos humillados por toda la tierra
a causa de nuestros pecados.

En este momento no tenemos príncipes,
ni profetas, ni jefes;
ni holocausto, ni sacrificios,
ni ofrendas, ni incienso;
ni un sitio donde ofrecerte primicias,
para alcanzar misericordia.

Por eso, acepta nuestro corazón contrito
y nuestro espíritu humilde,
como un holocausto de carneros y toros
o una multitud de corderos cebados.

Que este sea hoy nuestro sacrificio,
y que sea agradable en tu presencia:
porque los que en ti confían
no quedan defraudados.

Ahora te seguimos de todo corazón,
te respetamos, y buscamos tu rostro;
no nos defraudes, Señor;
trátanos según tu piedad,
según tu gran misericordia.

Líbranos con tu poder maravilloso
y da gloria a tu nombre, Señor».

Salmo de hoy

Salmo 24, 4-5a. 6 y 7cd. 8-9 R/. Recuerda, Señor, tu ternura

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador. R/.

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R/.

El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 18, 21-35

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó:

«Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?».

Jesús le contesta:

«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo:

“Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”.

Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el criado aquél encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo:

“Págame lo que me debes”.

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo:

“Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”.

Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía.

Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido.

Entonces el señor lo llamó y le dijo:

“¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”.

Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

Reflexión del Evangelio de hoy

Acepta Señor...

Se acentúa aquí el valor del sacrificio espiritual, que compromete al hombre más que las ofrendas rituales.

La comunidad eclesial y todo cristiano, debe entender el culto como un “sacrificio espiritual” de la propia vida y persona a Dios.

La auto-oblación del siervo paciente de Isaías y realizada plenamente por Cristo, será el tipo de sacrificio futuro.

Esto es lo que nos conseguirá el perdón de Dios.

“Recuerda, Señor tu misericordia” .

La regla del perdón, o las matemáticas de Jesús.

La pregunta de Pedro se dirige a la medida del perdón.

¿Se puede esperar de un discípulo que se ejercente en perdonar siempre, sin ninguna compensación?

¿Hay una norma con que se pueda medir la obligación a reconciliarse con el hermano?

El número siete que nombra Pedro, ya alude a algo perfecto y total. Esto es, que está dispuesto a seguir perdonando, más allá de la primera vez.

Pero la respuesta de Jesús, es más asombrosa. Inaudita. Pedro no sólo debe perdonar siete veces, sino hasta setenta veces siete. Una cifra que indica una ilimitada disposición a perdonar.

En el Antiguo Testamento, Lámek hace mención a estas cifras, en su ansia de venganza: “Y dijo Lámek a sus mujeres:

“Ada y Sil-lá, oíd mi voz;

mujeres de Lámek, escuchad mi palabra:

Yo maté a un hombre por una herida que me hizo

Y a un muchacho por un cardenal que recibí.

Caín será vengado siete veces,

Más Lámek lo será setenta y siete.” (Génesis 4, 23)

Sin duda, nos parece bárbaro este canto, y no en el sentido de magnífico, como usamos a veces esta palabra.

Es bárbaro, terrible. Y lo más terrible de este canto, es que sigue siendo de gran actualidad. Sólo hace falta leer la prensa del día, para comprobarlo.

Y sin acaparar titulares. En la vida cotidiana, con nuestras pequeñas venganzas, nuestros pequeños enfados consentidos, contribuimos con nuestro granito de arena, al clima de crispación y violencia que padece nuestra sociedad.

Puesto que el pecado en el mundo presenta multiplicidad de maneras, sólo puede ser detenido, si se le contrapone una medida igualmente grande en el bien.

Sólo así parece posible detener la marea ascendente de odio y venganza. El pecado que amenaza con arrasarlo todo; y superarlo mediante el amor.

San Pablo nos dirá "No te dejes vencer por el mal, sino vence al mal con el bien" . (Rom 12, 21.)

¿Y por qué debemos perdonar sin límites?

Por esta razón: Porque Dios se comporta de esta manera con nosotros.

El cristiano está invitado y capacitado para amar y perdonar al hermano con el mismo amor y perdón con que él es aceptado.

El discípulo que experimenta la misericordia del Señor en su vida y se sabe reconciliado con Dios; es capaz de perdonar a los demás, porque ha experimentado la alegría del un perdón que lo libera y rehabilita como persona y como hijo de Dios.

Por eso ,el perdón que hemos de conceder a quien nos ofende no es sólo condición y medida del que Dios nos otorga, como decimos en el Padrenuestro, sino también testimonio y signo del perdón recibido de Dios.

Cristo muere perdonando a quienes lo crucificaron.

Quien no se siente perdonado, no ama; pero aquel a quien se le perdona mucho, ama mucho a su vez. Lo dice el Señor de la pecadora arrepentida.

¿Cuántas veces nos hemos acercado al sacramento de la Penitencia?

¿Porqué no sentimos la necesidad de compartir con los hermanos el perdón recibido de Dios?

"¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?"

La parábola nos advierte contra la dureza de corazón. Si los hermanos no se perdonan mutuamente, está en peligro su eterno destino .

Tan grande como la medida del castigo es la media del perdón de Dios. Su clemencia es sin medida.

El que recibe misericordia con exceso no puede encerrarse en sí mismo y endurecer el corazón.

La medida con que Dios nos mide es la misma con la que nosotros debemos medir.

Tal vez deberíamos meditar con más frecuencia en esta verdad. Nos va en ello la eternidad.



Monasterio de la Descensión - MM. Dominicas
Ajofrín

Mié
18
Mar
2009

Evangelio del día

[Tercera Semana de Cuaresma](#)

"No he venido a abolir, sino a dar plenitud"

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 4, 1. 5-9

Moisés habló al pueblo, diciendo:

«Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os enseño para que, cumpliéndolos, viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar.

Mirad: yo os enseño los mandatos y decretos, como me mandó el Señor, mi Dios, para que los cumpláis en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella.

Observadlos y cumplidlos, pues esa es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales, cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán:

"Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación".

Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?

Y ¿dónde hay otra nación tan grande que tenga unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que yo os propongo hoy?

Pero, ten cuidado y guárdate bien de olvidar las cosas que han visto tus ojos y que no se aparten de tu corazón mientras vivas; cuéntaselas a tus hijos y a tus nietos».

Salmo de hoy

Salmo 147, 12-13. 15-16. 19-20 R/. Glorifica al Señor, Jerusalén

Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión.

Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/.

Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;
manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza. R/.

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 17-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud.

En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley.

El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos.

Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos».

Reflexión del Evangelio de hoy

Buena memoria

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento dan mucha importancia a la memoria. Tanto Yahvé como Jesús nos piden que tengamos buena memoria. No se puede ser un buen miembro del antiguo y nuevo pueblo de Dios si le falla la memoria. Es cierto que con el paso del tiempo, con el deterioro de la edad, la memoria psicológica nos puede fallar. Pero nunca nos puede fallar la memoria de lo que Dios ha hecho en favor nuestro: "Guárdate muy bien de olvidar los hechos que presenciaron tus ojos, que no se aparten de tu memoria mientras te dure la vida". Si nos olvidamos de lo que Dios ha hecho por nosotros... nos será difícil, imposible, ser de los tuyos.

"Acuérdate de Jesucristo"

¿Seguir a Jesús o cumplir mandamientos? Nosotros, que somos tan dados a la exclusión de los polos y no a su unión, estamos siempre tentados a optar por uno de estos extremos: Jesús o mandamientos. Ciertamente no tienen los dos la misma importancia. Lo principal es el encuentro con Jesús, quedar seducido por Jesús y responderle afirmativamente a su invitación: "Sígueme". Pero al seguir a Jesús, queremos vivir sus mismas actitudes, que se convierten para nosotros en mandatos. "El que me ama guardará mis mandamientos". Nunca podemos desunir lo que está unido: Jesús y su manera de vivir, Jesús y las actitudes que vivió. Volvemos a la memoria. No se puede ser cristiano si nos olvidamos de Jesús y de lo que hizo por nosotros, y todo lo que nos indicó. El "acuérdate de Jesucristo, haz memoria de Jesucristo" siempre ha de estar presente en nuestro corazón. Siempre tenemos que refrescar nuestra memoria, y acordarnos que Jesús nos amó, nos perdonó, nos entregó su vida, fue manso, humilde, pobre de espíritu... Acordándonos de Jesús y de lo que hizo, nos será fácil seguir sus pasos, vivir lo mismo que Él vivió, cumplir sus mandamientos.



Jue
19
Mar
2009

Evangelio del día

Tercera Semana de Cuaresma

Hoy celebramos: **San José (19 de Marzo)**

“Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de Samuel 7, 4-5a. 12-14a. 16

En aquellos días, vino esta palabra del Señor a Natán:

«Ve y habla a mi siervo David:

“Así dice el Señor: Cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, yo suscitaré descendencia tuya después de ti. Al que salga de tus entrañas le afirmaré tu reino.

Será el quien construya una casa a mi nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre.

Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo.

Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes ante mí, tu trono durará para siempre”».

Salmo de hoy

Salmo 88, 2-3. 4-5. 27 y 29 R/. Su linaje será perpetuo.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades.

Porque dijiste: «La misericordia es un edificio eterno»,
más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R/.

«Sellé una alianza con mi elegido,
jurando a David, mi siervo:
Te fundaré un linaje perpetuo,
edificaré tu trono para todas las edades». R/.

Él me invocará: “Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca salvadora”.
Le mantendré eternamente mi favor,
y mi alianza con él será estable. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 4, 13. 16-18. 22

Hermanos:

No por la ley sino por la justicia de la fe recibieron Abrahán y su descendencia la promesa de que iba a ser heredero el mundo.

Por eso depende de la fe, para que sea según gracia; de este modo, la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la que procede de la ley, sino también para la que procede de la fe de Abrahán, que es padre de todos nosotros.

Según está escrito: «Te he constituido padre de muchos pueblos»; la promesa está asegurada ante aquel en quien creyó, el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe.

Apogado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho:
«Así será tu descendencia».

Por lo cual le fue contado como justificación.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 1, 16. 18-21. 24a

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

La generación de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.

José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:

«José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados».

Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

Reflexión del Evangelio de hoy

Esperó contra toda esperanza

San Pablo presenta a Abrahán como modelo de hombre que alcanza la salvación y el favor de Dios por la fe en su Palabra. Dios sale al encuentro de Abrahán y éste se pone en marcha y en búsqueda. El Señor le llama para ser padre de un gran pueblo y para ser signo de salvación para la humanidad. Abrahán, a pesar de todas las aparentes contradicciones, se fió de Dios.

La misericordia de Dios se hizo presente en la descendencia de Abrahán y cumplió lo que había prometido.

Sólo Dios, por medio de la fe en Jesucristo, puede salvar y el hombre puede participar de esa salvación.

Fe y gracia van unidas y la esperanza no puede separarse de la fe.

El silencio elocuente de José

San José, como Abrahán, esperó contra toda esperanza y fue un instrumento dócil en las manos de Dios.

Por medio de Abrahán se cumple el designio de Dios: enviar un Mesías "hijo de David".

José introdujo legalmente a Jesús en la estirpe de los descendientes de David y le dio el nombre que expresaba su misión: Jesús = Dios salva.

San José es el hombre grande en su sencillez y elocuente por su silencio. En el Evangelio no encontramos palabras suyas. Vivió junto a la Palabra, por eso guardó silencio. Su tarea fue escuchar y proteger la Palabra.

María esperaba un hijo antes de vivir con José. Situación de duda, de desconcierto y de angustia para éste, que lo llevaría a abrirse y aceptar desde lo más hondo de su silencio, los planes de Dios y el querer de Dios.

Todas las personas nos enfrentamos, alguna vez, en nuestra vida con situaciones difíciles que no entendemos y en las que nos preguntamos: ¿cómo puede ser?

No es fácil entrar en el misterio de Dios y en su modo de actuar en la historia.

Dios se fió de José y éste, a pesar de todas las dificultades, confió en Dios y en sus proyectos.



Hna. Belén Eslava Vizcay
Dominica de la Enseñanza. Diplomada en Teología

San José

**Esposo de la Santísima Virgen María,
patrón de la Iglesia universal
y de los seminarios
*Nazaret, siglos I a.C.-I d.C.***

En la solemnidad de San José, la liturgia de las horas nos ofrece un sermón de San Bernardino de Siena, en el cual se presenta al carpintero de Nazaret como una especie de eje entre los dos testamentos: José viene a ser el broche del Antiguo Testamento, broche' en el que fructifica la promesa hecha a los patriarcas y los profetas. Sólo él poseyó de una manera corporal lo que para ellos había sido mera promesa».

José pertenecía al linaje de David (Mt 1, 20; Lc 1, 27 y 2, 4). Las tradiciones evangélicas discrepan al darnos el nombre de su padre, bien porque apelen a la ley del levirato, bien porque una de ellas se refiera al abuelo. Era hijo de Jacob (Mt 1, 15-16) o de Leví (Lc 3, 24). Para los cristianos no es más que un anillo en las listas genealógicas.

José es el hombre de la escucha y del silencio. Es el que, en los sueños, descubre el proyecto de Dios, como lo había hecho el patriarca José, vendido por sus hermanos (Gn 37, 6-9).

José es el creyente que, al cumplir la Ley del Señor, descubre la llegada del tiempo del Espíritu de Dios. José es el padre que, al buscar a su hijo perdido, descubre el misterio de la paternidad de Dios.

El hijo del carpintero

[...] Después del viaje a Jerusalén en el que Jesús se manifestó a los doctores de su pueblo, toda la familia volvió a Nazaret. Continúa el silencio. El texto evangélico resume aquellos años en una escueta observación: «Jesús vivía sujeto a ellos. Progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres», (Lc 2, 52). Si María guardaba todas estas cosas en su corazón, es de suponer que también José meditara en su interior los acontecimientos, ordinarios y silenciosos, que se desarrollaban ante sus ojos.

José de Nazaret es calificado por los Evangelios como un tector, un artesano de la madera. Era un carpintero e hizo de Jesús un carpintero, como sabemos por los comentarios que la gente le dedica cuando, ya adulto, vuelve a la aldea de su infancia: «¿No es éste el carpintero, el hijo de María?» (Mc 6, 3).

Otra tradición evangélica recuerda estos detalles de la familia al presentar la misión profética de Jesús «Al comenzar su vida pública tenía unos treinta años, y era según se creía hijo de José» (Lc. 3, 23). A continuación, Lucas incluye la genealogía ascendente de Jesús.

Sus orígenes y actividad son también evocados en la presentación que de él hace Felipe a Natanael: «Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y también los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret» (Jn 1, 45). Esas palabras nos han parecido siempre una primera confesión de la fe cristiana. La búsqueda de los hombres, tema característico del Antiguo Testamento, termina en Jesús. Él es el anunciado por la Ley y los profetas. Pero el esperado no es un ser evanescente, tiene raíces personales y locales. Ante las desviaciones, demasiado espiritualistas, de algunos cristianos de los primeros tiempos era preciso afirmar la realidad encarnada del Verbo de Dios. Y entre otros procedimientos, el evangelista apela también al de su filiación y al de su lugar de origen. Creer en el Verbo de Dios exige identificarlo con el hijo de José de Nazaret.

José era considerado como una prueba de la humanidad del que se proclamaba Camino, Verdad y Vida. Nazaret se convertía así en una especie de «lugar teológico».

Estos orígenes no fueron olvidados por el Maestro. Jesús volvió un día a su tierra y a su aldea. Enseñaba el sábado en su sinagoga, de tal manera que sus vecinos decían maravillados: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacob, José, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde le viene todo esto? Y se scandalizaban a causa de él. Mas Jesús les dijo: "Un profeta sólo en su tierra y en su casa carece de prestigio". Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe» (Mt 13, 54-58).

El estilo de las escandalizadas admiraciones nos hace suponer que seguramente José no vivía ya por entonces. Pero su paternidad seguía siendo una referencia obligada para Jesús. Y un escándalo. Ya no por el modo de su nacimiento, sino por la imposibilidad aparente de que el hijo del artesano pudiera presentarse como un profeta, como tal profeta. Los hermanos y hermanas de Jesús pueden muy bien ser parientes cercanos, miembros de la familia amplia con la que Jesús había transcurrido su niñez.

José ha pasado en silencio por las páginas evangélicas. Es sólo —y nada menos— un creyente que presta atención al Dios que se le muestra en los sueños, que se admira ante la presencia del misterio en su hijo, que pasa a su hijo la herencia mesiánica de David y la raíz de humanidad que él ha querido abrazar para siempre, ¿Qué sentido podrían tener sus palabras ante aquel que era la Palabra hecha carne en su propio hogar?

Jose-Román Flecha Andrés.

Evangelio del día

Tercera Semana de Cuaresma

“¿Qué mandamiento es el primero de todos?”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Oseas 14, 2-10

Esto dice el Señor:

«Vuelve, Israel, al Señor tu Dios,
porque tropezaste por tu falta.

Tomad vuestras promesas con vosotros,
y volved al Señor.

Decidle: “Tú quitas toda falta,
acepta el pacto.

Pagaremos con nuestra confesión:

Asiria no nos salvará,
no volveremos a montar a caballo,
y no llamaremos ya ‘nuestro Dios’
a la obra de nuestras manos.
En ti el huérfano encuentra compasión”.

“Curaré su deslealtad,
los amaré generosamente,
porque mi ira se apartó de ellos.

Seré para Israel como el rocío,
florecerá como el lirio,
echará sus raíces como los cedros del Líbano.

Brotarán sus retoños
y será su esplendor como el olivo,
y su perfume como el del Líbano.

Regresarán los que habitaban a su sombra,
revivirán como el trigo,
florecerán como la viña,
será su renombre como el del vino del Líbano.

Efraín, ¿qué tengo que ver con los ídolos?
Yo soy quien le responde y lo vigila.
Yo soy como un abeto siempre verde,
de mí procede tu fruto”.

¿Quién será sabio, para comprender estas cosas,
inteligente, para conocerlas?

Porque los caminos del Señor son rectos:
los justos los transitan,
pero los traidores tropiezan en ellos».

Salmo de hoy

Salmo 80, 6c-8a. 8bc-9. 10-11ab. 14 y 17 R/. Yo soy el Señor, Dios tuyo; escucha mi voz

Oigo un lenguaje desconocido:
«Retiré sus hombros de la carga,
y sus manos dejaron la espuela.
Clamaste en la aflicción, y te libré. R/.

Te respondí oculto entre los truenos,
te puse a prueba junto a la fuente de Meribá.

Escucha, pueblo mío, doy testimonio contra ti;
¡ojalá me escuchases, Israel! R/.

No tendrás un dios extraño,
no adorarás un dios extranjero;
yo soy el Señor, Dios tuyo,
que te saqué del país de Egipto. R/.

¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino!
Los alimentaría con flor de harina,
los saciaría con miel silvestre». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 12, 28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó:
«¿Qué mandamiento es el primero de todos?».

Respondió Jesús:

«El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que estos».

El escriba replicó:

«Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios».

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo:
«No estás lejos del reino de Dios».

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Reflexión del Evangelio de hoy

Imagínate que, en nombre del periódico que sea, alguien se acerca a ti y te pregunta: "¿Qué es lo primero en tu vida, a qué das más importancia, en qué consumes más energía?" Pues un día, hubo un letrado que se le acercó a Jesús y le hizo una pregunta similar: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?" Teniendo en cuenta dos cosas: que la vida de la sociedad israelita giraba en torno a la religión, y que, para poner las cosas más difíciles, había 613 mandamientos.

Conocemos la respuesta de Jesús. Jesús quiere que nuestra vida esté presidida por el amor y no por el odio, la indiferencia o el egoísmo. Jesús sabía de sobra que la persona humana, por naturaleza, está hecha para amar, porque Dios la creó a su imagen. Y si Dios, por naturaleza, es amor, el hombre, por naturaleza, es también un ser para el amor.

Lo que llama la atención, en apreciación de Kierkegaard, es lo que nos decía en 1847: "La originalidad y el signo distintivo del amor cristiano está precisamente en que pueda contener esta aparente contradicción: amar es un deber". Porque aquello que es propio de la naturaleza humana, el Señor nos lo propone como una obligación: "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros como yo os he amado". "El mandamiento principal de la Ley es 'amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser... El segundo es semejante a él, amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Lo principal y lo no tan principal en la Ley

Cuando, hace ya mucho, me preparé para hacer mi primera comunión, aprendí de memoria aquello de "estos diez mandamientos se encierran en dos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo". Aunque para nosotros fuera esto suficiente, puede que no lo fuera tanto para el letrado que preguntó a Jesús y para cuantos oyeron su respuesta.

No sé si el letrado quiso, como otros colegas en otras ocasiones, ponerle una trampa a Jesús al hacerle esa pregunta, o si, por el contrario, buscaba con sinceridad la verdad. Yo, al oír a Jesús, me incliné por lo segundo: "No estás lejos del Reino de los cielos". Lo cierto es que hay que presumir que lo que preguntaba ya estaba contestado en la Escritura y que él lo tendría que saber. Jesús lo único que hizo fue ensamblar dos preceptos del Deuteronomio y del Levítico, cuando el primero, como parte del shema israelita, declaró el precepto del amor a Dios con todo el corazón y con toda el alma; añadiendo el Levítico el "amarás al prójimo como a ti mismo". Jesús, por tanto, sólo recuerda, no inventa un nuevo mandamiento. Lo novedoso y definitivo en Jesús estuvo en afirmar de estos preceptos que eran "primeros" y "segundos", o, más en concreto, en decir del segundo que era semejante al primero.

Amor y amores

Amor sí, está claro. Pero, ¿qué clase de amor? Porque quizás hoy más que nunca, cuando hablamos de amor, la ambigüedad está servida. El amor, de una forma o de otra, es el núcleo de la mayoría de las poesías, novelas, películas, obras de teatro, etc. La vida entera gira en torno al amor. Con este término se designa lo más sublime y lo más abyecto, lo más interesado y lo más desinteresado.

Nosotros nos referimos al amor cristiano o, si queréis, al amor samaritano. Al amor que evita los universales y se centra en los particulares; al amor que no se pierde en lo abstracto, sino que llega siempre al particular y concreto. Jesús nunca nos habló del amor en general, como Platón: al contrario, nos habló del hombre concreto apaleado y malherido entre Jerusalén y Jericó; de la mujer adúltera a punto de ser apedreada; del ciego de Jericó; del leproso que pedía ser limpio; del siervo del centurión de Cafarnaún; de ciegos, sordos y, en general, enfermos, que acudían a él para ser curados. Personas siempre con nombre y apellidos. Amor que llega hasta límites insospechados: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian" (Mt 5,38ss).



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Sáb
21
Mar
2009

Evangelio del día

[Tercera Semana de Cuaresma](#)

"Porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado"

Primera lectura

Lectura de la profecía de Oseas 6, 1-6

Vamos, volvamos al Señor.

Porque él ha desgarrado,
y él nos curará;
él nos ha golpeado,
y él nos vendará.

En dos días nos volverá a la vida
y al tercero nos hará resurgir;
viviremos en su presencia
y comprenderemos.

Procuremos conocer al Señor.
Su manifestación es segura como la aurora.

Vendrá como la lluvia,
como la lluvia de primavera
que empapa la tierra».

¿Qué haré de ti, Efraín,
qué haré de ti, Judá?

Vuestro amor es como nube mañanera,
como el rocío que al alba desaparece.

Sobre una roca tallé mis mandamientos;
los castigué por medio de los profetas
con las palabras de mi boca.

Mi juicio se manifestará como la luz.

Quiero misericordia y no sacrificio,
conocimiento de Dios, más que holocaustos.

Salmo de hoy

Salmo 50, 3-4. 18-19. 20-21ab R/. Quiero misericordia, y no sacrificio

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. R/.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
El sacrificio agradable a Dios
es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 18, 9-14

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás:

«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior:

"Oh, Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo".

El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: "Oh, Dios!, ten compasión de este pecador".

Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios, Padre y Madre, es Amor. Y su misericordia es infinita.

Lo mismo pide de nosotros: "yo quiero amor y no sacrificios". Porque los sacrificios y holocaustos, el sufrimiento, no tienen valor ni sentido en sí mismos. Tan sólo lo cobran a la luz del Amor. Tan sólo merecen la pena si son consecuencia (por desgracia a veces inevitable) de las acciones que generan Amor.

Enfrentarnos a Dios, ponernos enfrente suyo, dejarnos cuestionar por el Amor nos desgarra, nos golpea... porque pone en evidencia nuestras debilidades, limitaciones y miserias. Pero no es más que el primer paso para que las superemos, para que crezcamos, avancemos y lleguemos a vivir en la presencia de Dios, en su conocimiento, que no es otra cosa que el Amor.

Porque yo quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos

Dios, el Amor, "está por nosotros". Y eso quizás debería llevarnos a "estar nosotros por el Amor". Si nos dejamos empapar por la bondad y el amor de Dios, no podemos menos que proyectarlo hacia los demás. Nuestras obras irán encaminadas a generar Amor y en ello tendrán su justificación. No en el "cumplimiento", en el "aparentar" o en el "hacer para recibir".

No se trata de rasgar nuestras vestiduras para que los demás vean que lo hacemos, sino de rasgarnos el corazón, abrirla, para dar cabida a nuestro prójimo, amar a los demás, del mismo modo que Dios nos ama.

Rasgar nuestro corazón supone también que quede al descubierto, mostrando nuestras debilidades, pero también nuestras capacidades. Eso es la humildad: conocernos como verdaderamente somos. Sin ponernos ni quitarnos. Conociendo nuestras debilidades para superarlas y nuestras capacidades para ponerlas en juego a favor de los demás, a favor del gran proyecto de Dios para todos y cada uno de nosotros: el Reino del Amor.

Asistentes al taller de Predicación on-line
IV Aula de Predicación en la Casa Natalicia de San Vicente Ferrer - Valencia

Dom
22 Mar

Homilía de Cuarto Domingo de Cuaresma

“Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único”

Introducción

Dios que es “rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó...” ha sido capaz de regalarnos lo necesario para llevar una vida llena de esperanza, de sentido, y no una vida “desterrada”. Dada su riqueza en el amor, y queriendo, desde muy pronto, enseñarnos que el que da recibe y que nunca se queda sin nada, ha sido más que generoso con nosotros. Nos ha regalado a lo que más quería. Nos ha regalado a su propio Hijo, para que nunca nos sintamos desterrados, arrojados de nuestra patria, arrojados de nuestro Dios. Desde ese momento ya no podemos dudar de lo mucho que Dios nos quiere, que nuestra vida, si le aceptamos, tiene un sólido fundamento, está asentada en nuestro Dios. Estamos en buenas manos, estamos en manos de Dios. Él nos sostiene.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del segundo libro de las Crónicas 36, 14-16. 19-23

En aquellos días, todos los jefes, los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, imitando las aberraciones de los pueblos y profanando el templo del Señor, que él había consagrado en Jerusalén. El Señor, Dios de sus padres, les enviaba mensajeros a diario porque sentía lástima de su pueblo y de su morada; pero ellos escarneían a los mensajeros de Dios, se reían de sus palabras y se burlaban de sus profetas, hasta que la ira del Señor se encendió irremediablemente contra su pueblo. Incendiaron el templo de Dios, derribaron la muralla de Jerusalén, incendiaron todos sus palacios y destrozaron todos los objetos valiosos. Deportó a Babilonia a todos los que habían escapado de la espada. Fueron esclavos suyos y de sus hijos hasta el advenimiento del reino persa. Así se cumplió lo que había dicho Dios por medio de Jeremías: «Hasta que la tierra pague los sábados, descansará todos los días de la desolación, hasta cumplirse setenta años». En el año primero de Ciro, rey de Persia, para cumplir lo que había dicho Dios por medio de Jeremías, el Señor movió a Ciro, rey de Persia, a promulgar de palabra y por escrito en todo su reino: «Así dice Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios del cielo, me ha entregado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado construirle un templo en Jerusalén de Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a ese pueblo, puede volver. ¡Que el Señor, su Dios, esté con él!».

Salmo

Salmo 136, 1-2. 3. 4. 5. 6 R. Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti.

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión; en los sauceos de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. R/. Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar; nuestros opresores, a divertirlos: «Cantadnos un cantar de Sión». R/. ¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha. R/. Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 2, 4-10

Hermanos: Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo —estáis salvados por pura gracia—; nos ha resucitado con Cristo Jesús, nos ha sentado en el cielo con él, para revelar en los tiempos venideros la inmensa riqueza de su gracia, mediante su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dedicemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 14-21

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios».

Pautas para la homilía

Sin Dios... el destierro

La concepción que el pueblo judío, el "pueblo de Dios", tenía de la vida y de la historia era una concepción sagrada. Todo, absolutamente todo, estaba relacionado con Dios. Pero, en su concepción "desmesurada" de lo sagrado daban un paso más. Todo tenía como "causa primera", como agente principal, a Dios. Todo lo bueno y malo que sucedía había que achacárselo a Dios. Es cierto que Dios, desde el principio, es el Señor de la historia "y nada le pasa inadvertido", pero no todo lo que sucede en la historia tiene a Dios como protagonista. También intervienen las "causas segundas", entre las que estamos las personas humanas, a las que Dios ha dotado de libertad. Libertad que Él respeta. No es Yahvé el que ha mandado a su pueblo al destierro de Babilonia. Son los dirigentes de su pueblo, que actúan en contra de las indicaciones de Dios -lo mismo que muchos del pueblo- los responsables primeros del destierro de Babilonia. La gran verdad histórica y teológica que debemos retener en la Antigua Alianza es que el hombre, sin Dios, caminando por caminos contrarios a los suyos, no puede ser feliz y, de una u otra manera, acabará en el destierro.

Con Cristo, con Dios... el amor y no la condenación y el destierro

En Dios todo es regalo, gracia, hacia nosotros, como nos insiste San Pablo en la segunda lectura. Nos regaló la vida. No contento con eso, nunca nos abandonó. Envío a la humanidad personas especiales, "hombres de Dios", para hacernos llegar sus mensajes, a fin de que pudiésemos caminar con sentido e ilusión por la vida. Pero llegada la plenitud de los tiempos, Dios se desbordó en sus regalos. Nos regaló a su propio Hijo. Que no es de los regalos que no sirven para nada, y que acabamos colocándolos en el último cajón de un armario. Nos hizo el regalo que necesitábamos, que nos ha venido como anillo al dedo. "Tanto amó Dios al mundo que entregó su Hijo". Lo que más necesitábamos los hombres era tener la seguridad de que Dios no nos había dejado solos y que nos amaba, que no nos había abandonados a "nuestra suerte", con nuestras fuerzas y flaquezas, con nuestras realizaciones y fracasos... Y nos manda, como compañero continuo de viaje, ni más ni menos, que a su propio Hijo. Es verdad que hay cosas de Dios que no entendemos y que nos gustaría una explicación más clara por su parte, pero desde que nos envió a este mundo a su Hijo a hacerse uno de los nuestros, a convivir con nosotros, a regalarnos su luz, su amistad, su compañía, su cuerpo, su sangre... ya no podemos dudar de que Dios está de nuestra parte y que sostiene nuestros días y nuestras noches. Entre las verdades que nos ha aclarado, está que hemos sido creados para el amor, por aquello de que estamos hechos a su imagen y semejanza y él es el Amor, y que nuestra salvación, nuestra felicidad consiste en tener relaciones de amor con Dios y con nuestro hermanos. Si, por aquello de nuestra libertad, escogemos no aceptar el gran amor que él nos ofrece, a su Hijo... antes o después acabaremos en el destierro, a sentirnos fuera de nuestra patria, fuera de nuestra felicidad, fuera de nuestra meta. "El que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Ésta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo y los hombres prefirieron la tiniebla".

Tanto amó Dios al mundo... Tanto nos amamos unos a otros

De Dios se pudo y se puede decir: "Tanto amó Dios al mundo...". Y de Jesús, su Hijo, se ha podido decir que "habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo". Lo que nos debemos preguntar es si eso mismo se puede decir de nosotros. "Tanto amamos al mundo..." "Habiendo amado a nuestros hermanos los amamos hasta el extremo". De Dios y de Jesús estamos seguros de que aprobaron el examen del amor. Matrícula de honor. San Juan de la Cruz, buceando en el evangelio, nos asegura que "al atardecer de la vida nos examinarán del amor". Podemos explicitar lo que esconden las palabras de San Juan. No sólo al atardecer, sino al amanecer, al mediodía, al anochecer de nuestra vida nos examinarán del amor. Jesús gastó sus mejores energías en enseñarnos y explicarnos bien esta asignatura del amor y en darnos los medios suficientes para aprobar, con buena nota este examen. Hasta se ha quedado entre nosotros y cada día, en la eucaristía, es capaz de recordarnos lo mucho que nos quiere y de proporcionarnos el alimento necesario para amar como él nos ha amado. Puso tanto empeño en esta labor porque de aprobar o suspender esta asignatura va a depender nuestra salvación o nuestra condenación, vernos libres o en el destierro, encontrar sentido o caer en el vacío, empezar a vivir el cielo o el infierno ya en nuestra vida terrena. Nos va mucho en el examen del amor.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Evangelio para niños

IV Domingo de Cuaresma - 22 de marzo de 2009



Diálogo con Nicodemo

Juan 3, 14-21

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: - Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el Hijo único de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Explicación

Cuando somos egoístas, violentos y aprovechados llenamos de oscuridad y dolor la vida de los demás y la nuestra. No tenemos nada que ver con Jesús que lleno de bondad, de generosidad y solidario con todos, llenaba de luz sus vidas. Jesús choca con la oscuridad. Y nosotros ¿cuándo somos luz? ¿cuándo somos de Jesús?